



410061

CRITICA DE TEATRO

Rigoberto Carvajal
SANTIAGO

No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella"

Hay una gran belleza en la puesta en escena de "La muerte y la doncella" de Ariel Dorfmann, que es el retorno al teatro de este maduro niño maldito que es el director Abel Carrizo Muñoz. El mismo que esconde su talento en los rincones de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, con tal de cometer una travesura.

Esta vez no hay jergas. Aquí se lanza al rescate de una pieza que fue menospreciada en el país, por miedo, un miedo justificable «siempre lo es», pero cuya gracia es superarlo. Es la misma obra que se montó posteriormente en 90 versiones en todo el mundo, en que actuaron superestrellas, y que filmó Polanski.

Era obvio que había que rescatarla.

Carrizo montó un espectáculo que es como una serena, un concierto de música de horror, pero concierne al fin, donde marca esa tónica desde la primera a la última escena con los protagonistas sentados en un palco junto a sus fantasmas, escuchando "La muerte y la doncella" de Schubert, ejecutada por un excelente cuarteto de cuerdas.

Aquí, de teatro realista no hay nada. Hay vuelo creativo, audacia esceno-

gráfica, coreográfica y una poda inteligente de un texto que dramáticamente no es ni la mitad de bueno que la situación apasionante que plantea.

Porque qué puede ser más inquietante y cautivante que la historia de la mujer de un hombre que acaba de ser nombrado presidente de la comisión de investigación sobre abusos de derechos humanos, que fue torturada y violada sistemáticamente por un médico degenerado y que se encuentra en su propia casa con su torturador. Y someterlo a juicio. Una anécdota maravillosa por lo explotable artísticamente y horrorosa por lo real.

Esta suerte de conciencia está estructurada en forma de movimientos, de escenas cortas, cada una de ellas con principio y final y con trozos sugeridos en la oscuridad. Y aquí está el principal problema visto en la función de estreno el viernes pasado. El ritmo va 'in crescendo', pero en forma tan lenta que no ofrece la tensión necesaria para llegar a ese sensacional momento de la confesión del médico.

Es un montaje donde la pasión, la fuerza, el coraje, la rabia, la furia, la locura, el abuso, la violencia están, pero con un ritmo como no muy bien atomillado, con los torniquetes sueltos, para decirlo de un modo a tono con las técnicas de la tortura.

Ilado, con los torniquetes sueltos, para decirlo de un modo a tono con las técnicas de la tortura. El engranaje del mecanismo del caballete de tortura de seres humanos no está muy bien aceitado. En todo caso, todo esto debería solucionarlo Carrizo en unas cuantas funciones más. No es grave dado el grupo de artistas involucrados.

Los personajes son tres: cada uno de ellos con sus fantasmas respectivos bien jugados, y un par de militares que aportan muy buenos momentos plásticos y cada uno de los roles protagónicos son formidables. Hay que empezar, de todas maneras, por Norma Ortiz como la torturadora, una actriz que juega con su registro emotivo al máximo. Pareciera no haber cuerda que no pulsa. Es trágica y también cómica, es la sabiduría y es la locura de la venganza, es el amor y el orgullo, es el dolor y la venganza. Un trabajo bellísimo.

Rodolfo 'Rolo' Pulgar es el médico torturador. Es cínico, cobarde, manipulador, astuto, tranquilo y puro como una lágrima y violento como un asesino experimentado. Y pasa prácticamente toda la obra atado hasta llegar al monólogo de la confesión donde deja al espectador con el alma en un hilo, entre la compasión y el vómito.

Y está el regreso al teatro de Ramón Fariás. Este actor, antes de entrar a la política, era conocido por basar su carrera en su encanto, en su gracia, en su facilidad para empatizar con el público, especialmente el femenino. Pero el ángel y la sensualidad es algo natural a la juven-

tud, el talento en el oficio hay que trabajarlo con la tozudez obsesiva de un loco para que crezca y se desarrolle. En el papel del marido gallina el talento es obvio, la sensibilidad también, pero su instrumento está flojo, hay que darle más trabajo, hay que "torturarlo" con ensayos y ejercicios, así la municipalidad se le esté quemando. Los regresos al teatro son o no son. Y en el caso de Fariás debe serlo. Se lo debe. En la escena está su vida, y eso se nota cuando patea al médico... Aquí no hay discusión, por buen alcalde que sea.

En cuanto al mensaje de reconciliación de la obra, no es tal. Los personajes se abrazan con sus fantasmas, no con sus victimarios. Deciden vivir ya más en paz cuando conocen la verdad, pero el dolor no los dejará nunca y el perdón no es cosa de llegar y entregar.

Ver "La muerte y la doncella" es una experiencia fuerte y bella y con el correr de las funciones lo será más. Lo único estúpido de la obra aún no se ha cometido y es sacar del papel al excelente Rodolfo Pulgar, para reemplazarlo por una persona que no es artista. Es cierto que serán dos funciones a beneficio del Pequeño Costo-lengo, pero el público que va al teatro se merece seriedad y respeto, como lo que se le brindó en el estreno.

30

No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella"

[artículo] Rigoberto Carvajal

Libros y documentos

AUTORÍA

Carvajal, Rigoberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella" [artículo] Rigoberto Carvajal. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile